

BIBLIOTECA

Los Grandes Filos

35

La Novela Semanal Cinematográfica



dia-
ipolis

POR
William Haines
Anita Page
etc.

50 cts.

BEAUMONT, Harry



BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DB

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551

Indianápolis

(SPEED WAY, 1929)

Emocionante asunto deportivo, interpretado por

William Haines, Anita Page,
Karl Dane, Ernest Torrence;
etc.



Producción

METRO - GOLDWYN - MAYER

Distribuida por

METRO - GOLDWYN - MAYER

Ibérica, S. A.

Mallorca, 220

Barcelona

Indianápolis

Argumento de la película

Si se le hubiera preguntado a Bill Whipple quién era el hombre más grande del mundo hubiera contestado sin vacilar que Bill Whipple.

Era Bill un joven mecánico que soñaba en emular las grandes hazañas de los corredores que en las soberbias pistas parecían convertirse en dioses de la velocidad.

Bill quedó huérfano a los pocos años. Desde entonces había vivido con Mac Donald, quien le había adoptado como a hijo. Era Mac un viejo corredor que todos los años tomaba parte en la gran carrera de In-

dianápolis sin haber logrado aún nunca el primer premio.

Al lado de Mac fué creciendo Bill con aficiones a la mecánica. Conocía bien lo que era un motor, sabía su mecanismo y el funcionamiento de cada una de las piezas y adivinaba en seguida el sitio donde era necesario efectuar una reparación.

Pero era un perezoso, un indolente para el trabajo y prefería dedicar sus actividades a la alegría y a la frivolidad.

Ahora a los veinte años era ya un buen mozo que algunas veces ayudaba a Mac en sus faenas y en quien el viejo confiaba para que algún día fuera uno de los ases del volante.

Y Bill, mimado, feliz, había cogido pretensiones y se consideraba el personaje más importante de la tierra. Dotado de un carácter optimista, festivo, esparcía a su alrededor el buen humor y tenía una simpatía convincente.

Se creía además un tenorio y llevaba su bata de mecánico llena de inscripciones y de nombres de muchachas.

Cierto día, se dirigía al autódromo en el coche de carreras de Mac. Pero como el

vehículo tuviese una grave avería, era remolcado por un camión que guiaba Dugan, un ayudante de Mac, hombre que se había pasado la vida en asuntos mecánicos.

—¡Acércate más a la acera, Dugan! —le dijo, Bill, riendo—. ¡Alguna de esas chicas puede ser corta de vista!

Y señalaba a las muchachas que paseaban por la avenida y que apenas se fijaban en él.

El camión emprendió mayor velocidad...

Al hallarse ya en los alrededores de la ciudad, Bill se fijó en un cochecito que marchaba casi paralelo al suyo. Lo guiaba una preciosa mujer y a su lado se hallaba acomodada otra muchacha, de no menores encantos.

Bill, siempre a la caza de aventuras, saludó sonriente a las dos lindas mujeres quienes le miraron con curiosidad no exenta de simpatía... Entusiasmado por las miraditas, Bill saltó de su coche y se encaramó al automóvil de las dos.

—Pero, joven... ¿Cómo se atreve usted? —dijo la joven que conducía.

—Los nombres y dirección, por favor... para mi colección de admiradoras...

El auto se había detenido ante una casa de soberbio aspecto. Un militar salió de aquel palacio y avanzó hacia el coche.

—¡Hola, papá! —le dijo la muchacha del volante.

—Buenos días, Patricia.

Bill Whipple al ver adelantar a aquel señor de imponente aspecto, guardóse la estilográfica y escapó más que de prisa, temeroso de que su audacia tuviera malas consecuencias...

El camión de Dugan estaba ya muy lejos, muy lejos... El mecánico no se había dado cuenta de que Bill había desaparecido...

Bill no tuvo otro remedio que emprender a pie su ruta al autódromo... Pero llevaba para su distracción el recuerdo de aquellas dos muchachitas que parecían la encarnación de la propia primavera.

* * *

Dugan había llegado al autódromo de Indianápolis, donde tiene lugar desde 1911 la más importante carrera de automóviles del mundo: 800 kilómetros a la máxima velocidad.

En el recinto del autódromo esperaba Mac Donald, a quien otro mecánico se le acercó y le estrechó fuertemente la mano.

—¡Hola, Mac! Desde el año pasado que nos encontramos en Altoone no te había vuelto a ver.

—Es cierto, Hartz, voy a intentar por la décimaséptima vez ganar la carrera.

—¡Bienvenido el luchador infatigable, veterano de la pista!

Mac agradeció aquel homenaje y viendo llegar a Dugan corrió a su encuentro.

Le saludó y vió con profunda sorpresa que en el coche no iba Bill, su protegido, lo que más quería en el mundo.

—Pero, ¿dónde diablos se ha metido Bill?—precuntó.

—¿No está aquí?

—No...

—¡Qué raro! Se habrá quedado por el camino cazando mariposas.

—¿Mariposas?

—Sí, mariposas con faldas!

—Es incorregible!

No tardó en aparecer Bill, sonriente, silbando una canción, con el aire del hombre enteramente feliz, a quien nada preocupa

y todos los negocios le marchan viento en popa.

—¡Eres la mayor calamidad del siglo!— le gritó Mac. —¿Por qué has abandonado el coche? ¿Dónde has ido?

Bill, alegremente, acompañando sus palabras de gestos que producían la hilaridad general, contestó:

—¡La verdad, Mac!... Es que un tipo se empeñaba en confundir a Dugan contigo y yo salí en defensa de tu honor.

—¡No es cierto!—protestó Dugan.

—No le hagas caso. El no vió nada... ¡Tuve que pegar al tipo aquél! ¡Qué éxito, querido Mac! Las muchachas me atropellaban. Las mujeres me daban sus hijos a besar. Los hombres se peleaban por estrechar mi mano. ¡Algo estupendo! Me aclamaban como a un campeón.

—¿Has tenido el valor de hacerte pasar por corredor?

—¡Naturalmente! ¡Y no te enfades, Mac!

Cerca de allí unos mecánicos comentaban la discusión que sostenían Mac y Bill.

—No comprendo cómo Mac aguanta las impertinencias de ese chiquillo—decía uno de los obreros.

—Es que Mac le quiere como a un hijo... y además el muchacho es muy entendido en motores—dijo otro.

—Pero le da demasiadas franquezas...

Dugan, furioso por las mentiras que contaba Bill, se había alejado dejando a éste con su protector.

—Bill—le dijo Mac bondadosamente, con una ternura de padre—. ¿Por qué no tomas de una vez tu trabajo en serio? Nunca serás un buen corredor a causa de tus tonterías.

—Pues en este momento no hay ningún corredor en la pista capaz de competir conmigo.

Y señalaba riendo la pista desierta a aquella hora matinal.

—El correr no tiene importancia. Lo peor que tienes es que empiezas muchas cosas y no acabas ninguna—dijo su padre adoptivo.

—Soy un buen corredor y sólo espero la ocasión para demostrarlo.

En aquel momento vieron descender de un soberbio automóvil a un elegante muchacho, tocado con una boina azul. Pronto rodearon al joven seis hombres en espera de sus indicaciones.

—Ahí viene Renny!—dijo Bill, sonrien-

te—. ¡Su Alteza Real el Príncipe de Pin Pon!... Pero, ¿todos esos son sus mecánicos?

—¿Mecánicos? — dijo Mac, despectivamente—. ¡No pasan de criados!

Mac fué a reunirse con varios amigos que comentaban las probabilidades de las próximas carreras, mientras Bill quedaba observando lo que hacía Renny, el famoso y aristocrático corredor.

Era Renny un muchacho orgulloso, rico, que corría en las grandes competiciones por puro “sport”.

Muchas veces iba al autódromo a enternecerse y le acompañaba hasta su recinto una hermosa muchacha llamada Patricia, la bella joven que Bill había visto aquella misma mañana guiando un pequeño coche.

Patricia no sentía por Renny más que una buena amistad que éste deseaba se trocase en dulce sentimiento amoroso.

Aquel día Renny dió varias disposiciones a sus mecánicos para que le preparasen su coche de carrera, y luego, viendo a Mac, avanzó hacia él con una sonrisa burlona.

—¿Cómo va tu viejo coche, Mac?

El aludido le miró con sorda rabia y contestó:

—Perfectamente, a pesar de la trompada que deliberadamente me diste el año pasado en la carrera de Altoone.

—No seas rencoroso, Mac... Si quieres, podemos hacer un arreglo para que pongas mi coche en condiciones.

—Si alguna vez alguien me ve arreglando un coche tuyo, puede decir que me he vuelto loco.

—Contigo es imposible entenderse.

Y le dejó con sus recores, mientras Renny volvía a reunirse con sus mecánicos que procuraban ajustar del mejor modo que les fuera posible el coche de carreras del señor.

¡Lástima de Mac! Con el conocimiento maravilloso que tenía de los motores, dejaría en estado impecable aquel auto destinado a la gran carrera anual.

Pero, era absurdo pensar en que le ayudase. Mac se estaría preparando para el próximo y sensacional torneo y, naturalmente, no iba a ayudar a un rival.

Se acercó a Renny uno de los obreros del

taller dándole unos datos respecto al entrenamiento de corredores.

—Lo que me interesa no son estas pruebas, sino las que hace Mac Donald—dijo Renny.

—Procuraré complacerle.

Mac Donald había subido a su coche y daba varias vueltas por la maravillosa pista. Se deslizaba con una rapidez de cohete. El coche era como una aguda flecha de plata corriendo a ras de tierra.

Uno de los hombres de Renny controló aquella velocidad y fué luego a comunicársela a su amo.

—¡Mac ha hecho diez y seis kilómetros de recorrido en cinco minutos y cuarenta y ocho segundos!

—¡Diablo! ¡Cinco, cuarenta y ocho! Resulta, pues, un promedio de más de ciento ochenta kilómetros por hora. ¡Difícil será vencerle!

—Señor Renny, ¿por qué no toma usted a su servicio a Bill Whipple? Con un ajustador de motores como él, su victoria sería segura. Bill conoce tanto los motores como el mismo Mac.

—¡Buena idea, Steve! Déjame a Bill por

mi cuenta... Le pasaré a mi bando y tendré una nueva garantía de triunfo.

—Vaya a verlo ahora...

—Tengo que marcharme. Es tarde hoy. Luego emprenderé esas gestiones.

Mientras tanto, Mac Donald buscaba por los talleres a su ahijado Bill sin dar con él en ninguna parte.

—¿Dónde diablos se habrá metido Bill?

—preguntó al mecánico Dugan.

—Tal vez haya ido al hospital a ver si le curaban un agujero que tiene en la mano —contestó, sonriente.

—¡Extraña ausencia!

Mac lo encontró al fin en un rincón del autódromo, jugando a los dados con varios operarios que al ver a Mac dieron por finalizada la partida emprendiendo la fuga.

Mac reprimió duramente a su ahijado.

—¡Siempre haciendo el gandul! ¡Eres incorregible! ¿Por qué no estás trabajando en el garage?

—Déjame, Mac. Estaba procurando ganar dinero para el almuerzo. Es hora de comer...

—¡Y te has quedado sin un céntimo!

—Perdí... Afortunado en amores...

—Toma, toma este dólar y vete a almazcar... Veremos si luego tienes más deseos de trabajar.

—Tal vez sí, querido Mac.

Y embolsándose tranquilamente el billete, abandonó el autódromo y se dirigió canturreando una alegre tonada a un cercano restaurante donde se reunían a aquella hora los mecánicos.

* * *

Sentóse en uno de los taburetes frente al mostrador, entre los numerosos mecánicos que tomaban frugales raciones.

Bromeó con todas aquellas gentes de su oficio que se admiraban de sus gestos y de su constante buen humor. Luego cogió el menú que le alargaba la encargada, una mujer de detestable carácter y no menos detestable fealdad.

Viendo la cartulina del menú completamente impregnada de grasa, exclamó Bill:

—No veo más que manchas de sopa, grasa de cocido y salpicado de café... ¡Magnífico menú!

—No pierda el tiempo hablando. ¿Qué desea?

—Ya le diré lo que deseo tan pronto me decida.

Y tomando una actitud napoleónica, se ensimismó en el estudio de los distintos platos que iba a tomar.

El taburete vecino al suyo estaba vacío... Bill, de pronto, levantó la cabeza, aturdido por una dulce fragancia. No era olor a comida, sino más exquisito y espiritual perfume... Despedía aquella grata esencia una mujercita que parecía buscar un puesto en el mostrador.

Bill ahogó un grito de alegría al reconocer en ella a la joven de aquella mañana, la linda conductora del coche.

Antes de que ella pudiera ocupar el taburete vacío, un mecánico avanzó más de prisa para sentarse en él.

Bill era decidido. Tiró agua en el asiento y esperó.

Acomodóse el mecánico y se levantó a los pocos minutos al sentir bajo el pantalón una extraña humedad. ¡Maldito y sucio restaurante!

Bill, riendo, corrió hacia la muchacha, y

le rogó fuera a sentarse en un puesto que quedaba vacío.

Ella accedió. Bill limpió el taburete y se sentó al lado de Patricia.

La hermosa comensal reconoció en aquel obsequioso muchacho al mismo que había saltado a su coche a aquella mañana y que con igual rapidez había huído...

Poca gracia le hizo la compañía de aquel bromista, quien puso a contribución todos sus trucos para hacerla reír.

En vano agotó Bill su repertorio de tonterías. Juegos de manos, excentricidades, chistes de payaso... Y Patricia se mantenía cada vez más seria, más grave con un gesto desdenoso para el audaz autor de tantas ocurrencias. Pero en el fondo de su alma no podía menos de reírse de aquellas actuaciones de clown. Indudablemente, era un muchacho simpático.

—¡Qué suerte ha tenido de encontrarme a mí, hallándose el mundo lleno de otros hombres! —dijo Bill.

Ella estuvo a punto de sonreírse, pero se contuvo y pidió a Bill el menú.

Mientras lo consultaba, Bill dijo a la encargada:

—Oiga, señorita Gastritis, ¿cómo tiene los *hors d'oeuvre*?

—¡Eso no le importa! ¡Yo no uso esas cosas!—respondió, amoscada, la mujer.

—¡Qué manera de contestar!... ¿verdad, señorita? Usted tendrá conmigo mayores amabilidades, ¿no es cierto?

—Lo que me gustaría es que usted se largara. Las moscas me molestan—contestó Patricia.

—Pero hay que aguantarlas... ¿Qué quiere usted tomar? No haga caso del menú. Ya diré yo lo que le conviene. Oiga, Gastritis... La señorita comerá huevos fritos con patatas y una taza de té.

—Bien. ¡Dos bolas de billar con cuello de pajarita!—gritó la encargada dirigiendo la voz hacia la cercana cocina.

Sorprendido por aquel modo de traducir los platos, Bill pidió, sonriente:

—Para mí este plato: “Dulce Misterio de la Vida”.

—¡Cuernos de toro con mayonesa para el señor!—volvió a gritar la encargada.

Y Bill tuvo que tomar aquel plato ordinario, mientras Patricia comía rápidamente su ración de huevos fritos.

Durante la comida Bill siguió luciendo sus infinitas habilidades, causando el asombro de Patricia y de los mecánicos.



—¡Cuernos de toro con mayonesa, para el señor!

—Y además de otras habilidades especiales... conduzco autos de carrera—agregó contoneándose con aire de importancia.

—Seguramente el que inventó los aplausos lo hizo pensando en usted—acabó ella por decir, cansada de aquellos “trucos”.

Llegó la hora de pagar, y la señora Gasteritis presentó la nota a Bill, en la que había sumado las dos raciones.

El joven deportista se dispuso a abonar el importe de los almuerzos, pero Patricia no lo quiso consentir.

—¡Quiero pagar mi nota! ¡No permito que un desconocido pague mi comida!

—¡Bien! ¡Tome! No se enfade por ello —contestó Bill que no tenía deseo alguno de pagar.

Y partió en dos mitades la cuenta, entregando la parte inferior en la que había la cantidad total a abonar, a Patricia...

Ella pagó religiosamente y se alejó, mientras Bill se frotaba las manos con profunda alegría, pues el nuevo truco le había servido para que la mujer, creyendo abonar sólo la mitad, pagase íntegramente todo el importe.

Contento por su excelente suerte, salió rápidamente del restaurante yendo al encuentro de la joven que en su "cabriolet" se disponía a partir.

—Oiga, señorita desconocida, ¿no quiere decirme su nombre? —dijo a tiempo que subía al coche.

—Se lo diré si me deja en paz,

—Concedido. Yo me llamo Bill Whipple. Supongo que habrá oído hablar de mí, pues soy tan conocido como el presidente de la República.

—Hasta hoy no he sabido que usted exista.

—¡Qué lástima, señorita!...

—Patricia Manning.

—¿Es su papá aquel militar que encontramos esta mañana?

—El mismo.

—Muy simpático!

Riendo, cogió el lindo sombrero de Patricia y lo echó al aire, volviendo luego a entregárselo.

Se lo arrebató otra vez; Patricia hizo lo mismo con el suyo y durante varios minutos estuvieron realizando aquel juego absurdo e inocente.

—Vamos a una sombrerería y nos divertiremos más —dijo él, riendo.

—Me parece que donde tendrá usted que ir es a una jaula de monos.

—Pero con usted, "mona".

Bill se apoderó de uno de los guantes de Patricia y lo puso sobre su pecho acaricián-

dolo, como si fuera realmente la mano de la muchacha. Luego subió al coche.

Patricia buscaba el modo de acabar de



... se apoderó de uno de los guantes de Patricia...

una vez con el simpático y aturdido mecánico.

Disimuladamente tiró el otro guante al suelo, y dijo:

—Se me ha caído el guante... ¿Quiere hacer el favor de bajar a recogérmelo?

—¡Volando!

Saltó del "cabriolet", y Patricia aprovechó la oportunidad para partir a toda marcha, dejando al pobre Bill burlado y con el guante en la mano.

¡Ah, pícara! ¡De qué manera tan fina se había librado de él! Pero ya la volvería a ver alguna otra vez... Una muchacha tan bonita como aquella, que tal impresión le había causado, no se le borraría así como así de su memoria.

* * *

Bill Whipple regresó a su casa al anochecer, después de haberse pasado unas horas en el autódromo sin hacer absolutamente nada.

Este era su gran defecto, el capital defecto de su vida. Tomaba las cosas demasiado a la broma, sin dar importancia a nada de lo que estaba haciendo.

Era buen mecánico, conocía a la perfección su trabajo... pero una eterna pereza y distracción para aquellas cosas útiles, le hacían aparecer alejado de ellas. Prefería ser

siempre el bufón, el cómico, el que hace pasar un buen rato en las tertulias, la cabeza casquivana que divierte de modo superficial.

En vano sus protectores, el matrimonio Mac Donald, querían apartarle de tanta frialdad, hacer que se cuidara más de su faena y que trabajara de veras cuando estaba en el autódromo, en vez de pasar el tiempo charlando o entreteniéndose en cosas absurdas.

Al llegar a su hogar, su padre adoptivo le recriminó porque se pasaba los días sin hacer nada.

—Mañana me pondré de firme a trabajar —dijo el muchacho lanzando una carcajada.

Y haciendo unas cuantas piruetas de esas que obligan a desarrugar el ceño a los espíritus más hoscos, se metió en su cuarto para sumirse en la lectura de un libro del que se habían hecho muchas ediciones: “El hombre que todo lo consiguió sin hacer nada”.

La señora Mac Donald suspiró tristemente al verle salir y exclamó:

—No tiene cura, Mac! Siempre será una

criatura... Un buen muchacho, pero eternamente infantil.

—No ha cambiado nada desde el día que le trajimos a casa. Y yo que quería hacer de él un hombre serio, como lo fué su padre, mi amigo del alma, mi mejor amigo al que nunca podré olvidar...

Mac Donald tuvo que sentarse, pues sintió como si un ligero estilete se clavase en su corazón. Hizo una mueca amarga que pronto trocó en forzada sonrisa para no disgustar ni alarmar a su esposa.

—¿No te encuentras bien?

—Sí... Un poco de dolor... pero pasó ya... No tiene importancia.

—¡Trabajas demasiado, Mac!... Ya sabes que el corazón no te lo permite.

—Corazón de viejo...

—Lo que deberías hacer es no correr este año y descansar... Así te pondrías pronto bien, Mac.

—¡Imposible! Hace diez y siete años que intento ganar esta carrera de Indianópolis... y no estoy dispuesto a dejarla hasta que la gane.

Y a pesar de los buenos consejos de la esposa, fué inútil disuadir a Mac de que para

su salud quebrantada, era preciso el reposo, la paz, el sedante de la campiña, y no la escalofriante emoción de aquellas competiciones automovilistas que rompían el sistema nervioso.

Al día siguiente, Bill fué al autódromo, pero como de costumbre no hizo absolutamente nada. Pasóse la mañana leyendo el periódico o tumbado al sol, adormecido, y pensando a veces en la linda mujer, en aquella Patricia espléndida que no podía olvidar...

Su padre adoptivo le sacudió energicamente.

—¡Levántate, hombre! ¡Has de trabajar en aquel motor!

—¡No me aburras, Mac! Estoy entrenándome para el sueño de la noche.

—¡No tienes remedio!

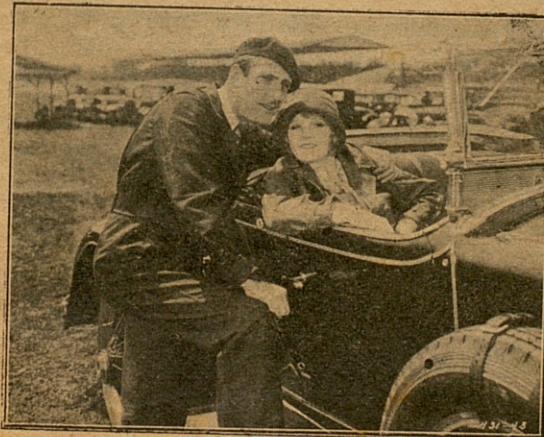
Y volvió al taller con los otros mecánicos, lamentando la actitud de Bill.

Por fin, Bill se levantó y fué a ayudar a unos mecánicos a transportar unas ruedas balón.

Mientras realizaba su fácil tarea, vió pararse a la entrada del autódromo un pequeño automóvil, guiado por Patricia. Un

muchacho, Renny, el corredor aristocrático, se despedía de ella...

Los celos anidaron en el alma de Bill, quien, encontrando pretexto para dejar de



... se despedía de ella...

trabajar, estuvo contemplando largo rato a la pareja...

—Ve con cuidado, Bill—le dijo uno de los mecánicos—. Esa joven es la que Renny trata de convencer para llevarla al altar.

—¡Bah! ¡Cualquier cosa! No me preocupa. Es una antigua amiga mía. Me he probado todos sus sombreros.

Y avanzó tranquilamente hacia ella, a tiempo que Renny se alejaba para ir a hablar con unos corredores acerca de las incertidumbres de la próxima lucha.

Patricia, al verle, arqueó las cejas, sintiéndose atraída por una parte hacia aquel muchacho singular, y por la otra, cansada de sus palabras sin ton ni son.

—¡Hola, señorita Patricia!...

—Buenos días!

—¿Quiere bajar del coche? Le daré a conocer todo el autódromo.

—Me lo sé de memoria. He estado varias veces en él.

—Una vez más...

—No!

—Vamos, ríase usted un poco y deje ver esos preciosos dientecitos que tiene usted.

Pero ella no le respondió y apretando el acelerador, salió disparada en su automóvil, dejando una vez más burlado a aquel muchacho que sentía por primera vez cierto anhelo de ser dominado, de ser mandado por un femenino corazón.

Del ensimismamiento y la tristeza que le embargaron de una manera súbita, le sacó la voz de un mecánico.

—Mac Donald le llama. Haga el favor de ir en seguida al taller.

Ya en él, su padre adoptivo le dijo, dándole unos planos:

—Es urgente hacer un nuevo piñón del embrague. Prepárate para ir a buscarlo a Chicago.

—¿Cuándo?

—No pierdas un instante. Busca un taxi y sal en el aeroplano de las doce. Tienes que hacer el viaje de ida y vuelta en avión.

Bill palideció. Le mareaban las alturas.

—No me pidas que vuele, Mac—suplicó—. Los aeroplanos me hacen perder la cabeza.

—He dicho que vas a ir *volando!*

Tuvo que resignarse aquella vez a las órdenes del viejo, y salió del autódromo, subiendo a un taxi para que le condujese rápidamente hacia el campo de aviación.

Aunque estaba muerto de miedo, quería aparentar serenidad, demostrando que para él no había peligros.

Ya en el taxi, a pesar de que éste corría a extremada velocidad, quiso hacerse el hombre interesante, y dijo al chofer:

—Vamos, más aprisa... ¿Estás haciendo carreras con una tortuga?

—Voy a cincuenta por hora—contestó el taxista, indignado—. ¿Se cree que esto es un automóvil para niños?

—¡Un triciclo correría más aprisa que este cacharro!

Iban a toda rapidez por la carretera.

De pronto, vió Bill un coche detenido ante un puesto de gasolina. Lo guiaba Patricia.

Sonrió alegremente. ¡Magnífica ocasión para poder hablar con ella!

A cosa de un centenar de metros hizo parar el vehículo, pagó lo que marcaba el taxímetro y lo despidió.

—Pero, ¿no me ha dicho que va usted al aeródromo?— preguntó, extrañado, el conductor.

—Prefiero ir a pie. Llegaré antes.

Bill vió que avanzaba, provisto ya de ga-

solina, el “cabriolet” de Patricia. Tomó una rápida determinación.

Se tumbó cuan largo era en mitad de la carretera, con los brazos extendidos y los ojos cerrados, como una pobre víctima atropellada por un automóvil loco.

El taxista, que aun no se había alejado y que acababa de tomar nota de la carrera, le miró con estupefacción.

¿Pero qué hacía aquel hombre? ¿Se había vuelto loco?

No le había dado un sícope, puesto que, con toda conciencia, se había dejado caer en tierra. ¿A qué vendría aquella extraña comedia? Y permaneció contemplando el raro e inaudito suceso.

Instantes después pasó el coche de Patricia.

Al ver a aquel hombre caído en mitad de la carretera, la joven detuvo su coche y bajó apresuradamente.

Vió al taxista a pocos pasos, mirando con ojos estúpidos a la “victima”.

Patricia creyó en un atropello. Aquel auto había pasado por encima del infeliz viandante.

—¡Idiota! ¿Qué hace ahí parado? ¿Es

que no tiene ojos en la cara? ¿Por qué no auxilia a este hombre?

—Pero, señorita, yo...

—¡Oh! ¡Es Bill! ¡Pobre muchacho! — exclamó, acercándose al “atropellado” y levantándole dulcemente.

Un gesto de dolor se dibujó en su rostro.

—¡Pobre, pobre chico! —murmuraba—. ¿Quién iba a pensar que sucedería esto?

Bill, con los ojos cerrados, tenía que esforzarse por no reír... Sintióse feliz al verse acariciado por aquellos brazos deliciosos, de tersura incomparable.

La joven le auscultó y dijo:

—¡Gracias a Dios, está todavía vivo!

—¿Vivo? ¡No estoy muy seguro! —respondió el chofer, burlonamente, pues se daba cuenta de qué clase de pájaro era el tal Bill.

—Ayúdeme a levantar al herido... Pronto... ¿No le da a usted vergüenza?

Con la forzada ayuda del chofer y la cariñosa solicitud de Patricia, Bill fué transportado al “cabriolet” de ésta.

El joven parecía seguir desvanecido.

El chofer, cansado de que aquél les to-

mara el cuero cabelludo de tan descarada manera, se atrevió a decir:

—Pero, ¿no se da usted cuenta de que...?

—¡No quiero oírle una palabra! ¡Idiota!



—¡Gracias a Dios, todavía está vivo!

Ha faltado poco para que lo matase. La policía ya le ajustará las cuentas...

Y sin querer escuchar sus nuevas explicaciones, Patricia subió al coche, empuñó el volante y lanzóse a toda marcha por la carretera.

Bill seguía haciéndose el accidentado y, como si realmente estuviera falto de sosténimiento, se inclinaba sobre Patricia, ávido del dulce calor que expelía aquel cuerpo precioso.

Y ella, creyendo de verdad en un accidente, sostenía y acariciaba con un brazo al pobre Bill, mientras con el otro dirigía a duras fuerzas el volante.

Un guardia motociclista, encargado de regular la circulación por carretera, corrió detrás del Chevrolet y amonestó a Patricia:

—¡Va usted conduciendo con una mano! ¡Pare en seguida!

—¡Imposible!... Llevo a este joven herido y le conduzco al hospital de urgencia del aeropuerto.

—Le advierto que si me engaña, le va a costar cara la broma.

Y el guardia comenzó a seguir al coche, dispuesto a averiguar si realmente era verdad lo que ella le indicaba.

No pasó inadvertida para Bill la intervención del guardia, y temió que las cosas fueran demasiado lejos. Pero se alegró infinitamente al saber que Patricia le conducía hacia el campo de aviación, adonde él pre-

cisamente tenía que ir. La suerte le favorecía. El viajecito era divino. Lástima que tenía que ir con los ojos cerrados. Seguía apoyándose, cada vez con mayor ahínco, sobre Patricia, bañándose en la tibia y deliciosa esencia de un cuerpo limpio y juvenil.

El automóvil llegó finalmente al aeródromo.

—¡Voy a avisar a la ambulancia! —dijo el agente.

Apenas hubo éste desaparecido, Bill abrió los ojos y soltó una estruendosa carcajada.

—¡Gracias, muchas gracias por el viajecito, querida Patricia!

—¿Qué significa esto? ¿No está usted herido?

—Nada más que en el corazón.

—¡Me ha engañado usted, cobarde! —gritó, roja de indignación.

—No puedo perder el tiempo discutiendo. Se agradece su amabilidad y sus cuidados. Pero va a venir el policía... y sentiría encontrármelo. Conque, pies, ¿para qué os quiero?

Y echó a correr, mientras Patricia apretaba los dientes, deseosa de destrozar en-

tre ellos, a pedacitos, el alma burlona del joven.

Volvió el agente con varios individuos del cuerpo de ambulancia que llevaban preparada una camilla.

Patricia, disgustada, tuvo que excusarse:

—¡Perdone usted! Ese muchacho se burló de mí. Yo no tuve la culpa. Le creí realmente herido... y no se trata más que de un fresco.

—Una broma, ¿eh? Bien, preséntese en el juzgado mañana por la tarde, para dar cuenta de ella.

—Dispense, se lo ruego... Soy Patricia Manning. Usted conoce a mi padre. Es el director del aeropuerto.

—Bueno, dele recuerdos de mi parte. Yo tengo que cumplir con mi deber.

E hizo la denuncia, dejando a Patricia desconcertada y con violentas ansias de vengarse de aquel frívolo burlador que parecía tener el mundo bajo sus pies.

Mientras tanto, Bill Whipple se había dirigido a uno de los hangares donde estaban preparados ya varios aviones para alzarse

hacia el cielo en su vuelo gallardo de águilas.

Al ver a los potentes aeroplanos, dispuestos ya para emprender su marcha, Bill sintió el temblor del miedo... No, no, de ningún modo subía él a uno de tales armamentos con peligro de romperse la cabeza. Se encontraba demasiado bien en la tierra para pensar en volar hacia el cielo.

Y, rectificando el recado de Mac, dijo a uno de los aviadores:

—El señor Mac Donald desea que le traiga usted este piñón de Chicago. Cuando regrese, estaré aquí para recogerlo.

—Será usted complacido.

Todos conocían allí a Mac Donald, el viejo corredor, que si bien jamás obtuvo el primer premio en las carreras, fué porque le persiguió la desgracia.

Bill respiraba ya tranquilamente, al verse libre de la pesadilla de surcar los aires; pero la intervención de uno de los jefes de aviación, dió al traste con su optimismo.

—El señor Bill Whipple tiene mucha prisa para regresar al autódromo—dijo a uno de los aviadores—. Llevallo en el aparato y dejadlo caer sobre la pista.

—No, no hay necesidad. Regresaré en automóvil—dijo Bill, atemorizado.

—Irá usted mejor en avión... Venga conmigo—dijo un aviador—. Ya verá lo que es emoción.

Bill, aunque se moría de miedo, jamás lo había demostrado ante nadie, y aquella vez tuvo que hacer de tripas corazón.

—Los aeroplanos no son nada para un hombre como yo...

Pero, horrorizado, se preguntaba si iba a resistir las frenéticas impresiones de una incursión por el aire.

Vió alejarse el avión que partía para Chicago... ¡Había salvado los peligros de aquel viaje, pero ahora, queriendo hacerle un favor, le obligaban a subir a otro aeroplano y echarse de él, en una de esas impresionantes caídas que había visto sólo en el cinematógrafo.

Patricia había ido al hangar y vió a lo lejos a Bill, que discutía con unos aviadores.

¿Qué haría allí el famoso burlador?

Momentos después pasó ante ella uno de los aviadores, y Patricia, sin ser vista por Bill, que estaba extasiado contemplando el

avión en que debía subir, le preguntó:

—Smart, ¿vas a llevar a ese chico?

—Sí... he de dejarlo caer en el autódromo.

—Déjalo para mí. Tiene una deuda conmigo y la ha de pagar.

Patricia tenía el título de piloto. Era una aviadora audaz, amiga del “looping” del rizo, de todas las acrobacias que los hombres águilas realizan por los vastos e infinitos caminos de los cielos.

Vistióse rápidamente el traje de aviador, se colocó el “mono” y unos anteojos que la desfiguraban por completo.

El aviador Smart volvió al lado de Bill y le dijo:

—Siento no poderlo llevar. Tengo que salir para Cleveland.

—Da lo mismo. Regresaré gustosamente en automóvil— exclamó Bill, volviendo a sentir el aleteo de la confianza.

—De ningún modo. Usted tiene prisa e irá en un avión. No querriámos disgustarle. Otro piloto le llevará.

Tuvo Bill que resignarse otra vez para no aparecer cobarde. Le vistieron una bata

de aviador, colocándole en la espalda un paracaídas.

Todos aquellos preparativos le parecían mortales al muchacho.

—¡No lo quiero! —dijo—. Nunca llevo paracaídas. Siempre vuelo bajo y en caso necesario, salto.

—Es una imprudencia no llevarlo.

Bill accedió. Le daban miedo todas aquellas maniobras.

Le explicaron que debía tirar de la anilla, si se veía en la necesidad de lanzarse al vacío.

—Y ¿cómo podéis saber si esta maquinaria funciona bien?

—Muy sencillo —le respondió un mecánico—. Si el día de la carrera no le vemos en la pista, es que no habrá funcionado bien.

No le hizo demasiada gracia el chiste y subió al aeroplano después de encomendarse a Dios.

El piloto, que no era otro que Patricia, se acomodó en su asiento de mando.

Giró la hélice y a poco se elevaba el avión majestuosamente.

Bill temblaba... Y desde su puesto, Pa-

tricia se reía interiormente, dispuesta a hacer pasar un mal rato al antiguo burlador.

Se elevó mucho, mucho. El avión luchaba contra remolinos de aire, encontrando frecuentes "baches" en la atmósfera que lo hacían descender rápidamente para volver a elevarse de modo soberbio.

Bill se sentía mareado. Pero cada vez que ella volvía la cabeza, él procuraba sonreír, no queriendo demostrar por nada del mundo que se sentía temeroso.

De pronto ella se volvió y, quitándose los anteojos, gritó con energía:

—Ahora, señor corredor de pistas, va a saber lo que son peligros de verdad.

—¡Usted, Patricia! —exclamó en el colmo del asombro.

—¡Yo! ¡Va usted a pagar cara su bromita!

Y comenzó una serie de ejercicios tan violentos, de vueltas de campana, de movimientos tan audaces, que parecían desafiar a la muerte con una inconcebible locura.

Bill estaba medio muerto. Pero cuantas veces ella se volvía para contemplarle, se encontraba con que el joven le seguía sonriendo, con la más alegre y radiante de las

sonrisas, como si todas aquellas piruetas inconcebibles fuesen cosa de niños.

Y es que Bill no quería dar la sensación de que era un cobarde. Temblaba, sentía un miedo inmenso en su corazón, pero a los ojos de aquella mujer, era preciso demostrar serenidad.

Y la demostraba, sonriendo alegremente, como el payaso que ríe mientras la muerte le atenaza el alma.

El, como el clown famoso de la comedia, se reía, se reía...

La propia Patricia estaba admirada de aquella serenidad.

Realmente, a Bill no le impresionaba nada. Porque estaba realizando los más difíciles ejercicios en los aires y no acusaba ninguna sensación.

Pero, de pronto, una racha de viento rompió una de las alas del avión. El momento fué dramático, terrible...

El avión descendía rápidamente e iba a entrar en barrena.

—¡Salte! —gritó ella, saliendo de la cabina y atándose a una de las correas del paracaídas de él.

Atolondrado, pálido como la muerte, él contestó:

—¿Adónde?... ¿Adónde?

Ella le cogió y le obligó a saltar al espacio... Durante un instante, descendieron verticalmente, pareciendo que iban a estrellarse contra la tierra; pero de pronto el paracaídas se abrió y el descenso fué ya suave, lento...

Tomaron tierra dulcemente. Habían bajado abrazados, unidos, mirándose a los ojos, agrandados por una lucecilla de quietud.

Ya en el suelo, ella no pudo menos de exclamar, admirada por la tranquilidad que había demostrado su camarada:

—Ha sido usted un valiente, Bill.

—También usted lo ha sido, Patricia... Patricia bonita, vengativa...

—Usted lo quiso, lo provocó.

—¿Y no adivina por qué?

Y la besó en los labios... Y ella, después de la impresión del vuelo, dejóse caer blandamente en la emoción de aquella caricia de amor.

Cerca, el avión era una llama ardiente...

* * *

Al día siguiente, Bill entregó a su padre el piñón que un aviador había ido a buscar a Chicago.

Le recriminó Mac por no haber ido personalmente; pero él se excusó narrando al viejo la historia de lo ocurrido en el avión de Patricia.

Algo calmado Mac, fué Bill a reunirse con los mecánicos y a contarles su fantástica odisea.

—Mirad lo que dicen de mí los periódicos.

Y leyó:

Bill Whipple, el mecánico del autódromo de Indianápolis, se arrojó del avión, con una joven aviadora, Patricia Manning, en brazos.

—¡Fué algo estupendo!—aclaró—. Los periódicos se descuidan el relato de lo principal—. Llevé a Patricia a 15,000 metros de altura, y cuando hacía la barrena por décima vez, se cayó un ala... Entonces Patricia se abrazó a mí gritando: ¡Sálvame!...

¡Sálvame! Y caímos cinco, diez, doce mil metros...

—Pero, ¿cuándo abriste el paracaídas?

—preguntó uno de los oyentes.



—...llegué a tierra sano y salvo con la muchacha...

—A unos veinte metros del suelo, tiré de la cuerda... y llegué a tierra sano y salvo con la muchacha en mis brazos. Soy un héroe... un “as”.

Y siguió ponderando su hazaña en té-

minos tan exagerados, que los mecánicos se alejaron, no queriendo escuchar aquella sarta de mentiras.

Bill vió de pronto, cerca de allí, el coche de Patricia. Ella estaba ante el volante, hablando con el corredor Renny.

Corrió Bill a su encuentro y subió al auto. La joven le dijo:

—He oído toda la farsa. ¡Valiente modo de ponerme en ridículo!

—Perdón, Patricia. Estaba embromando a esa gente... Bien sabe usted que reconozco su heroicidad.

Renny, que no dejaba en saco roto los avisos de que aquel muchacho le convenía para acabar de ajustar su coche con sus hábiles y magníficas manos de mecánico, le dijo:

—Eres un valiente, Bill... ¡Mira, los informadores cinematográficos quieren tomar una película! Te dejaré conducir para ello mi coche de carreras.

—Me repugna el hacerlo; pero debo atender las demandas del público.

Acompañado de Renny, que le demostraba una falsa amistad, se dirigió hacia el sitio donde estaba el coche de carreras y, su-

biendo a él, comenzó a dar vueltas por la magnífica pista.

Renny y sus mecánicos controlaban la



—Eres un valiente, Bill...

velocidad, deseosos de saber hasta qué punto corría aquel muchacho.

Varias veces se paró Bill para arreglar con sus manos hábiles de oro aquel motor... Y cada vez corría más, cada vez se deslizaba con mayor rapidez.

Renny estaba contento. Deseaba que Bill

le arreglara el motor hasta ponerlo en condiciones incomparables.

Después de largo rato de correr, durante el cual los operadores de cine tomaron varias vistas, Bill dejó el coche, siendo felicitadísimo por Renny y los suyos.

Patricia había presenciado también la exhibición y admiraba el ardor magnífico del muchacho. No le guardaba ya rencor alguno porque también el incidente con el guardia de tránsito había quedado zanjado.

Al enterarse Mac de que quien guiaba el coche era nada menos que Bill, su indignación estalló de modo violento.

Fué al encuentro del muchacho, que estaba hablando con Renny, y le dijo:

—¡Eso no lo puedo consentir! ¡Tú trabajarás conmigo, y con nadie más que conmigo!

—Lo hice para que los operadores me pudieran filmar.

—¡Por nada del mundo! ¡Que no te vuelva a ver más en ese coche!

—¿Desde cuándo me manda usted de esa manera? ¿Desde cuándo es usted mi propietario? —protestó, furioso.

—Soy casi tu padre, y me debes ese respeto.

—No necesito sus mandatos. Ya sé dónde puedo encontrar trabajo. ¡Me marcho!

—¡Bill!

—¡Estaríamos bien! ¡Un hombre como yo, favorito del público, no tiene necesidad de aguantar a nadie!

Mac, entristecido por aquella actitud, se alejó, en compañía de Dugan. ¡Ingrato!... ¡Qué mal pagaba su cariño!

Patricia reprimió su actitud a Bill.

—No debías haber hablado a Mac Donald de esa manera, después de lo que él ha hecho siempre por ti.

—Pues, ¿por qué me manda de ese modo? Yo no soy ningún niño, y hago lo que se me antoja.

Renny, que había permanecido callado, dijo entonces a Bill:

—Voy a darte la ocasión que buscas para triunfar... Pondrás mi coche en condiciones, bien ajustado, y correrás en la gran carrera.

—¡Gracias! ¡Me voy con usted, que sabe apreciar mi verdadero valor!

Y Bill se fué con Renny, dispuesto a trabajar en lo sucesivo bajo sus órdenes.

¡Bah! Cuando Patricia le viese triunfar en las carreras, ella misma se alegraría de su determinación... En cambio, si Bill hubiese continuado con Mac Donald, no habría tenido la ocasión de lucirse, pues Mac, impertérrito, seguía queriendo conducir exclusivamente su coche en la gran carrera.

* * *

Llegó el día de las pruebas de clasificación, en que los coches y los corredores deben demostrar su verdadera capacidad.

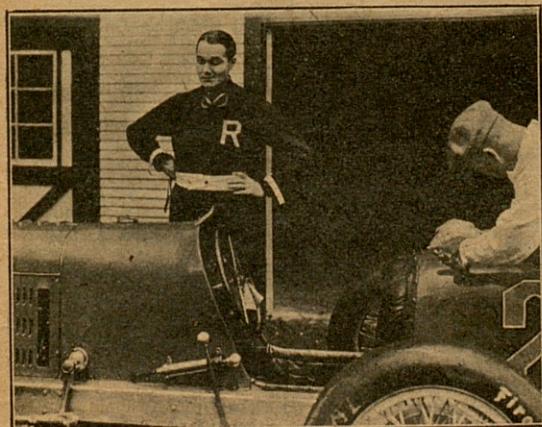
Durante aquellos días, Bill había roto su amistad con su protector, abandonando hasta su casa y se dedicó a perfeccionar, a dejar maravillosamente ajustado el motor del coche de Renny.

¡Con qué alegría lo arreglaba! El lo conduciría el día de las carreras, y estaba seguro de obtener el primer lugar.

Y con aquella victoria, obtendría también el amor de Patricia, que en estos últimos tiempos no había aparecido apenas por el

autódromo, disgustada con la conducta de Bill.

Avido de triunfar, no sentía Bill remordimiento alguno al considerar que lucharía



... estaba seguro de obtener el primer lugar.

contra Mac Donald, su protector, el que le había hecho hombre.

Aquella mañana, Bill, en el negro automóvil de Renny, comenzó la carrera de prueba.

Renny y sus amigos la presenciaban emocionados. Era un bólido humano, era una flecha que nadie podía detener. El motor tenía una potencia fantástica.

—¡Qué velocidad!—decía Renny, entusiasmado—. ¡Bill ha mejorado ese motor extraordinariamente!

Y al cabo de las vueltas reglamentarias, Bill quedó clasificado para la gran competición. Había corrido a ciento ochenta y cinco kilómetros por hora.

Entretanto, el viejo Mac Donald, que se disponía también a tomar parte en el torneo de clasificación, se encontró con el médico del autódromo.

—Me alegro de verte, Mac. ¿Cómo va esa salud?—le dijo el doctor.

—Bien.

—Sin embargo, necesito reconocerte. Haces mala cara.

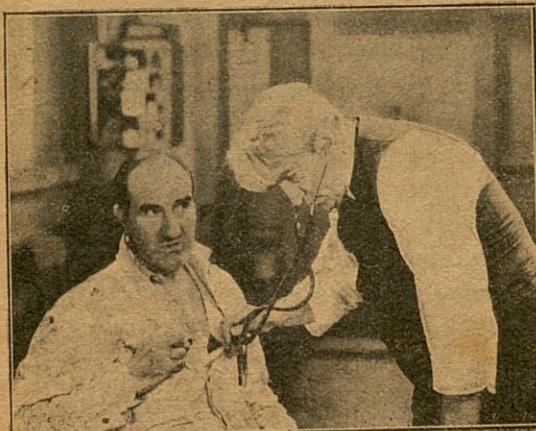
—Pues, dése prisa, doctor. Tengo mucho que hacer hoy.

El médico auscultó aquel corazón ya cansado y que, contra los optimismos de Mac, no marchaba con perfecta regularidad.

El médico movió amargamente la cabeza, y dijo:

—Es triste, Mac, pero tu corazón no pue-de resistir esos ochocientos kilómetros.

—Pero, doctor, es la última carrera en



—... dése prisa, doctor...

que pienso tomar parte... ¿Puede tratarme con un poco de benevolencia?

—Si te dejara correr, pondrías en peli-gro tu vida, Mac.

El viejo movió la cabeza abatido. ¡Mal-dito corazón!

—No correré. Pero una cosa le ruego,

doctor. No diga a nadie lo de mi enfermedad.

—De acuerdo.

Salió Mac y se enteró de que Bill, su ingrato amigo, había sido clasificado... ¡Y aquel muchacho hubiera sido capaz, por orgullo, de correr contra él!

Llamó a Dugan y le dijo:

—Ve a pasar el reconocimiento médico. Vas a correr en mi coche.

—Pero, ¿y usted?

—He decidido no correr contra Bill. Tú lo harás en mi puesto.

—Sí, pero usted me va a romper la cabeza si no gano.

—No tengas miedo... Estoy seguro de que vencerás.

Marchó Dugan a quien no agradaba demasiado la perspectiva de correr en competición tan peligrosa. Y Bill, ufano, estúpido, pasó ante Mac y le dijo:

—¡Estoy clasificado! ¡Creo que he demostrado que soy capaz de correr!

—¡Enhorabuena, Bill!—respondió Mac, tristemente, viendo alejarse a aquel muchacho, que ya no vivía en su casa y que era su enemigo.

Había llegado el día de la gran carrera de automóviles en Indianápolis, donde se corre anualmente el Gran Premio Internacional.

Mac procuraba olvidar la pesadumbre que le producía la ingratitud de Bill, pensando en el triunfo que Dugan iba a obtener.

Bill, confiado y alegre, se disponía a ocupar su puesto en el automóvil de Renny, cuando se presentó éste, diciéndole:

—He decidido correr yo mismo, Bill. No puedo resistir la tentación de ganar.

—¡Pero eso es imposible!—exclamó el pobre joven, viendo que caían las alas de su esperanza—. Estoy clasificado oficialmente. Salgo en primera posición...

—También yo estoy clasificado... Y gracias por haber ajustado mi motor.

—¡Miserable! ¡Me ha engañado usted cobardemente! ¡Lo que usted quería era que yo le arreglase el motor, para después lucirse en la carrera!

—¡Exacto! Tienes una gran penetración. Desesperado, Bill se alejó, viendo sus ensueños rotos y sufriendo por el dolor de haber sido víctima de un falso engaño.

Los coches de carreras se alineaban ya, a punto de marcha. Una inmensa multitud ocupaba las tribunas y las gradas, deseosa de saborear grandes emociones.

Dugan, que se hallaba ya en el coche, vió cómo Renny subía a su auto y Bill se alejaba vencido y burlado.

—¡Ese Renny es una canalla!— dijo a Mac, que desde lejos había presenciado también aquella escena—. El año pasado estuvo a punto de matarlo a usted y ahora ha engañado a Bill. ¡No le deja correr!

—¡En el castigo lleva la penitencia! Dugan... ha llegado tu vez. ¡Vence a Renny! ¡No te pido más que ganes a Renny!

—Haré todo lo posible.

Mac se retiró a un lado. Los coches iban a marchar de un momento a otro. Renny, desde el suyo, gritó a Mac, con la satisfacción del triunfador:

—El muchacho no ha olvidado lo que tú le has enseñado sobre motores. Gracias dos veces, Mac.

—¡Canalla!

Se dió la salida y se hizo un profundo silencio entre la multitud, escuchándose únicamente el ronquear de los motores. Más de diez coches se lanzaron a una velocidad de vértigo por la asfaltada pista.

Bill vió en una de las primeras hileras de la tribuna a la bella Patricia y corrió a su lado, explicándole la indignidad de que había sido objeto por parte de Renny.

—Se ha burlado de ti... Lo siento con toda mi alma. Pero ya debiste suponerlo— le contestó ella.

—Sin embargo, Renny no ganará... ¡Ojalá venza mi pobre amigo Mac! Renny no ganará, repito. No corriendo yo, todos tienen probabilidades de ganarle.

—No seas tonto. ¿Es que no te has dado cuenta de que Renny jugaba contigo? Tú le has arreglado el motor y contribuyes con ello a que su coche corra más que los otros.

—¡He sido un loco! ¡Demasiado lo sé!...

—A eso te ha conducido tu soberbia, tu orgullo. Después de todo, te has quedado sin correr y todos se reirán de ti... ¡Y lo peor es que has dado un disgusto de muerte al pobre Mac!

—¡Pobre Mac! ¡Estoy arrepentido! ¡Con qué alegría deseo que triunfe! ¡Cómo corre, cómo avanza!

Pensaba que era Mac quien guiaba el coche, no reconociendo a Dugan en el conductor.

La lucha seguía terrible. Ya el gentío gritaba, tomaba parte activa en las carreras, deseando cada cual la victoria de sus favoritos.

Renny estaba en primer lugar. A bastante distancia de él iban los otros coches, entre ellos el de Dugan.

Dos autos volcaron, sin que por fortuna se hicieran daño sus ocupantes. El coche en que iba Dugan dió un largo patinaje, yendo a chocar contra uno de los muros.

Mac y otros mecánicos corrieron hacia él. Bill se dió cuenta entonces de que su protector estaba allí cerca y por tanto no corría en las carreras. ¿Por qué, por qué?

Acompañado de Patricia, acercóse también al coche averiado, de donde descendió Dugan, ligeramente herido.

—¡Tenemos mala suerte, Dugan! ¡Me he lastimado al patinar la rueda! —dijo Dugan. Bill y Mac se miraron un instante en si-

lencio y el joven, como bajo el peso de un profundo dolor, retrocedió unos pasos y preguntó en voz baja a Dugan:

—¿Cómo es que no corre Mac?

—No puede, Bill. El doctor me dijo en confianza que su corazón no podría resistir una carrera tan larga.

—¡Déjame correr a mí! ¡He de dar una lección a ese miserable Renny, y venceré por la gloria de Mac!

—Se lo diremos a tu protector.

Y, acercándose a Mac, Dugan le comunicó su deseo.

—No quiero, no puedo. Tú me traicionaste. Tú debes luchar por Renny, que es quien te paga —contestó Mac, mirando a Bill.

—¡Por favor, Mac... déjame correr! ¡No necesito castigar a ese pillo!

Vaciló aún el viejo; pero luego, estrechando contra su corazón a aquel muchacho que ocupaba en su alma el puesto de un hijo, exclamó:

—¡Sube a mi coche, Bill... y gana a ese hombre!

—¡Por ti... y por Patricia! —exclamó saltando rápidamente al automóvil.

—Has de volar. ¡Te lleva cuatro vueltas de ventaja.

—¡Las recuperaré!

Y lanzó su coche de carreras a una velocidad escalofriante.

Mac, Patricia, Dugan y sus amigos le animaban con su clamoreo de victoria... Y el coche corría, ufano de obtener el primer puesto.

¡Minutos de una emoción incomparable fueron aquéllos! El coche de Renny avanzaba desesperadamente, pero el de Bill ya ganaba terreno... Las cuatro vueltas que al principio le llevaba de ventaja, fueron rebajándose... y quedaron ya tres, y dos y sólo una... y luego, luego, en una brutal acometida del motor, acelerado hasta el fondo, llegó ya a alcanzar su nivel.

Los gritos de júbilo entre sus partidarios atronaban el espacio. Mac lloraba de emoción y a su lado Patricia aplaudía, loca de júbilo. Bill avanzaba a pesar de los sobre-humanos esfuerzos de Renny, empeñado en conservar una ventaja que se le escapaba por momentos...

Ya le adelantaba... ya le ganaba una vuel-

ta... El triunfo de Bill era seguro, definitivo.

Entonces ocurrió lo inesperado. Bill, al pasar ante el lugar donde estaba su padre adoptivo, se paró casi de repente, mirando con intensa emoción al viejo protector.

Al mismo tiempo se puso una mano en el ojo.

Se levantó por todas partes un extraño clamoreo...

—¡Bill se ha cansado! ¡Abandona cuando sólo faltan tres vueltas! ¡Qué locura!

Mac, Patricia, Dugan y los demás amigos le miraron angustiados.

—Pero, ¿qué tienes, qué tienes? —preguntó Mac, desolado.

—Una piedra me ha herido un ojo. Termina, Mac. ¡Falta ya poco trecho!

—¡Oh, sí, sí!

—Faltan sólo dos vueltas para terminar...

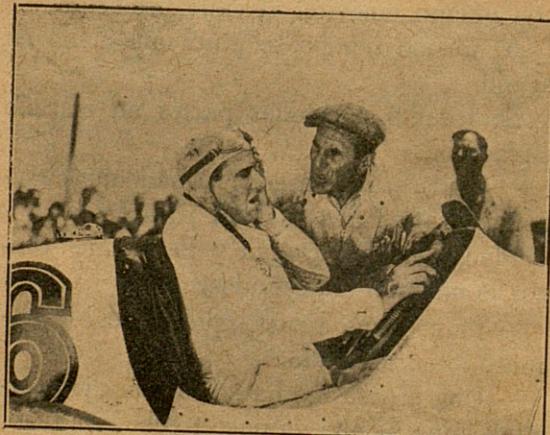
¡Pronto!

Mac, dispuesto a que no se perdiera la ventaja obtenida, saltó al coche y lanzó el vehículo a una velocidad de ciento ochenta por hora.

Avanzaba, avanzaba... Volvía a estar ya al mismo nivel de Renny, que realizaba

desesperados esfuerzos para conservar su posición.

—¡Más... más, adelante! ¡La última vuelta, Mac!—clamaba Bill, desesperadamente.



—¡Termina la carrera, Mac!

Fué una lucha titánica, asombrosa, entre aquellos dos motores incansables...

Mas, por fin, Mac Donald avanzó el primero; se despegó algunos metros de su contrario y logró llegar a la meta, vencedor.

La gloria... la gloria de ganar el Gran Premio Internacional, esperada durante diecisiete años, le sonreía aún, más hermosa porque había costado tanto.

Bill, que hasta entonces había conservado una mano en el ojo izquierdo, comenzó a palmotear loco de dicha ante el triunfo del viejo protector.

—Pero, ¿creí que tenías un corte en el ojo?—le dijo Dugan, extrañado.

—¡Nada, no tengo nada! Ha ganado Mac, no quiero saber más.

Y sus pupilas limpias y brillantes resplandecían de contento.

Patricia le estrechó un brazo, emocionada.

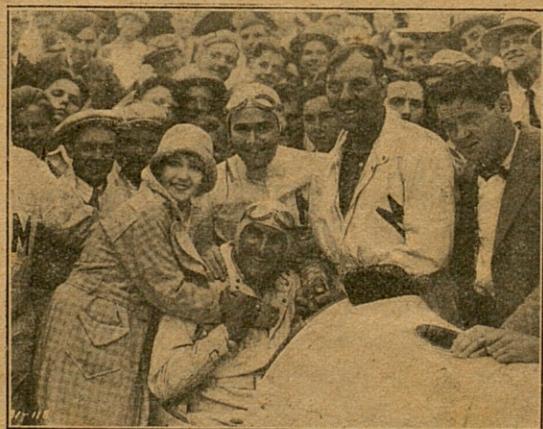
—Bill, no me engañes. ¡Es admirable lo que has hecho! Te has fingido herido, has renunciado a tu gloria, para que figure Mac como ganador.

—Sí, Patricia, es la verdad, pero no se lo digas... Era lo único que podía hacer para rehabilitarme... Darle la gloria que me hubiera correspondido a mí.

—¡Bill, mi Bill! ¡Qué bueno eres!

Ya las gentes se acercaban al viejo Mac

Donald para felicitarle... Patricia y Bill le estrecharon la mano... Todo era júbilo, alegría... Todos aclamaban al vencedor.



Todo era júbilo, alegría...

—Por fin... por fin... querido Bill, mi ilusión se ha cumplido... Ya soy el ganador del Gran Premio Internacional. Renny se ha clasificado en segundo lugar... Ahora ya me puedo morir—dijo Mac sencillamente.

—¿Mac, me perdonas todo lo que hice

contra ti en un arranque de orgullo? ¿Me lo perdonas?—preguntó Bill.

—¿Cómo no he de perdonarte si es a ti realmente a quien debo la victoria? ¡Has estado de desgracia, Bill! Pero esa herida en el ojo... Y a propósito, ¿cómo está? No te veo nada en él.

—La herida fué insignificante, pero me alarmé... Y no me importa haber perdido con tal de que tú seas vencedor.

—¡Bill, noble Bill!—dijo, abrazándole y adivinando la nobleza del muchacho.

Llegó la señora Mac Donald, quien besó a su marido y a Bill, reconquistado éste de nuevo para el hogar.

—Y ahora... ahora—dijo Mac a Bill—, esperamos de ti que serás en lo sucesivo todo un hombre... trabajador, constante...

—Lo seré, Mac, señora... Empiezo a ser otro.. Esta es la primera cosa que voy a terminar.

Y acariciando a Patricia, le dió ante todos un largo beso de amor, que por él no hubiera terminado nunca, y que sólo acabó cuando ella, sofocada y roja de alegría, retiró los labios, protestando dulcemente.

Su promesa fué cumplida. Con el tiempo dejó de ser el muchacho frívolo para convertirse en un gran trabajador. Y Patricia tuvo un marido ideal.

FIN

Ha sido revisado por la Censura

PIDA:

POSESIÓN, por Francesca Bertrini.
y **TENTACIÓN**, por Greta Garbo.
Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

No deje de adquirir

La Novela Cinematográfica del Hogar

Aparece con gran éxito todos los sábados

Precio: 30 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

E. B.